

# JOXE, MAGISTRAL

Héctor URRA POMBO

hectorcildoz@yahoo.es

*No es sencillo para mí describir la carismática personalidad de Joxe Ulibarrena, ni tampoco ordenar los recuerdos y las sensaciones del tiempo que estuve junto a él. Para algunos su imagen viene ligada a una figura excéntrica que rozó la locura. Para mí ha sido la persona más independiente, provocadora y magnética que haya conocido. Ahora que escribo sobre él, quisiera relatar algunos rasgos de su figura arrolladora centrándome solamente en algunos puntos que para mí fueron importantes; el modo en que le conocí, el Joxe escultor durante la realización del conjunto escultórico de La Batalla de Noáin, y el acondicionamiento de lo que más tarde sería el Museo Escenográfico situado en el pueblo de Ollo. Tal vez este relato no sea, ni el más importante, ni el más relevante dentro de la larga trayectoria vital de Joxe pero son estas y otras anécdotas las que me llevan una y otra vez hasta él.*

Conocí a Joxe prácticamente por casualidad, o tal vez no.

A principios de los años 90 yo era un estudiante que alternaba los estudios de FP a las mañanas con los "Cursos monográficos de dibujo y pintura" del Ayuntamiento de Pamplona por las tardes. Si bien en estos estudios se centraban en los fundamentos y los procesos básicos del dibujo y de la pintura, yo estaba más interesado en descubrir los misterios de las técnicas y los procesos escultóricos. Fue en esos cursos donde una tarde cualquiera oí hablar de un escultor para mí aún desconocido que vivía en uno de los pueblos del Valle de Ollo, un ser con una personalidad singular, según comentaban, que hacía de su casa al mismo tiempo Museo.

A mí me picó enormemente la curiosidad, así que un día de Semana Santa de aquel año me planté de sopetón y sin avisar en Arteta. No tengo claras mis torpes palabras iniciales de presentación allí a las puertas de su casa y Museo Etnográfico, para solicitar trabajar con él, aunque sí recuerdo lo que pasó a continuación. Joxe, sin más dilación, me acercó hasta un bidón pegado al muro exterior de la casa, uno de esos enormes realizados en acero que no contenía más que tierra seca hasta el borde. Me dijo que la preparara y modelase cualquier cosa en barro, me indicó dónde podía coger el agua y sin más explicaciones me dejó allí pidiéndome que le avisara al terminar.



Museo Etnográfico de Arteta.

Allí, en el exterior del Museo, preparé la tierra con agua y realicé un modelo sencillo que representaba a una persona mayor sentada en un banco con un bastón entre sus manos. Tras mostrárselo, Joxe me habló del concepto de "bloque escultórico inicial" así como los "puntos en el espacio" que determinan el mismo. Cogió mi modelo y señaló los puntos más sobresalientes en altura, anchura y fondo, para a continuación, añadiendo tabiques de barro, indicar aquellos puntos imaginarios que harían de esa obra realmente "monumental". Como él recalca posteriormente en tantas ocasiones, la monumentalidad de una obra nada tiene que ver con su tamaño, sino con la ocupación de dicha obra en el interior del bloque bajo los criterios de su máximo aprovechamiento, el ahorro de trabajo y esfuerzo invertido.

Ni qué decir tiene que ese primer encuentro en el valle en esa casa tan singular, sepultada por los objetos de la colección, con un olor a aceite que impregnaba cada ángulo del Museo y la mirada viva y traviesa de ese enigmático hombre, me marcó. Supongo que en cierta manera y del mismo modo, a él le desperté cierta simpatía, curiosidad o yo qué sé qué. El encuentro dio sus frutos y así fue, como siendo yo un chaval, comencé a trabajar durante largos períodos con un escultor de la talla de Joxe, cercano ya a los 70 años. En su momento no percibí como importante el detalle de la diferencia de edad y lo viví de forma natural, pero ahora que han pasado casi tres décadas de aquel primer encuentro, soy más consciente de lo que implicaba. Y es que, el trabajo físico constituía para Joxe un pilar fundamental. Sirva solo como muestra saber que durante el tiempo que estuve junto a él, cualquier elemento del que tuviéramos que hacer uso, que no existiera o que estuviese estropeado, se fabricaba, modificaba o arreglaba; lo mismo podría tratarse de una herramienta, una escalera, o un andamio. Entendí que las razones para la creación o reparación de estos objetos no eran fundamentalmente económicas.



Joxe Ulibarrena trabajando en Arteta.

Más allá de esto, se fundamentaba en toda una filosofía de vida, un modo de hacer y de estar en el mundo basado en la búsqueda de la máxima autosuficiencia. Era una manera radicalmente alternativa que contrastaba con el modelo de consumo de la ciudad o como indicaba él, "lo modernícola". Muchas de las veces trabajábamos sin calefacción, sin agua caliente y sin luz. De este modo, y al

más puro estilo medieval, aprendería a manejarla escayola y el yeso, a preparar cemento, a encalar paredes, a remozar muros, a retejar cubiertas, a tratar los metales, a reforzar estructuras de madera, a arreglar bovedillas de techos, o a tallar madera y piedra, entre otras cosas.

Una de las obras que bajo mi modo de ver recoge la manera de trabajar de Joxe, fue el monumento a la Batalla de Noáin. Los materiales con que se usaron para su elaboración fueron en esencia, cemento, ladrillo y varilla corrugada. El elemento central del conjunto, *El gudari*, fue ejecutado a los pies del Museo en Arteta y se realizó en dos partes. Por un lado se construyeron las piernas hasta la cintura. Por el otro, se completó el torso, brazos y cabeza. Dos cuerpos con alturas comprendidas de 5 y 6 metros respectivamente. El resto de los elementos se realizaron *in situ*, en Salinas de Pamplona.

En *El gudari* trabajamos con Joxe, bajo sus indicaciones, su hijo Aritz Ulibarrena, el escultor Alberto Berastegui y yo. Como cabría imaginar, en cada jornada de trabajo no hacíamos uso de la hormigonera para la elaboración del cemento. Cada día preparábamos la masa manualmente, añadiendo en orden los diferentes materiales para después, con la paleta, mezclarlos con el agua. Este proceso lo repetimos a diario, innumerables veces, dado que el peso final de las dos partes, creo recordar, fue de unas trece toneladas.

Una de las grandes preocupaciones de Joxe en relación a esta obra era la resistencia de la misma a las tensiones a las que sería sometida el día en que la grúa levantase cada uno de los dos cuerpos para su transporte y colocación en su lugar definitivo.

No era la primera vez que él experimentaba con estas dimensiones y estos materiales, años atrás ya había realizado la escultura titulada *Anaitasuna* para Azkoien. Así que, cuando trabajábamos en aquellos puntos clave para su resistencia para el alzado del *gudari*, nos explicaba la importancia de los pasos a seguir con detenimiento y nos contaba una anécdota personal. Recordaba que el día del traslado de la escultura *Anaitasuna*, se presentó un profesor universitario con su alumnado con el objetivo de demostrar que la obra no sería capaz de resistir ese esfuerzo y venían a ver de qué manera se fracturaba la obra. Resulta que mientras Joxe trabajaba en la obra, la universidad había hecho una reproducción en cemento de la misma a escala, la habían sometido a un ensayo de tracción y habían comprobado cómo esta

era incapaz de soportar tal tensión, fracturándose finalmente por la zona del amarre donde confluyen los brazos y la espada. Joxe nos decía que ese día vivió el alzado con gran preocupación dado que él no basaba la resistencia de la obra en base a ensayos de laboratorio, sino a su experiencia directa con los materiales. El resultado final fue que tanto esa obra como esta resistieron el traslado. Como decía Joxe, la clave residía en el proceso de ejecución y en el conocimiento de los materiales, radicalmente distintos a los realizados en la maqueta de la universidad, basados estos en un encofrado y colado del material.

Volviendo a la época de la realización del gudari, si bien en ocasiones la labor podía resultar dura, Joxe lo afrontaba a su manera comentando en ocasiones, "yo no trabajo, yo me divierto". Aquí es donde aparecía el Joxe en estado puro, lleno de energía y ganas de vivir. Y vaya si lo cumplía. Aún lo recuerdo encaramado al andamio, a varios metros del suelo, su cabeza protegida con un gorro (de cardenal, decía él), el torso desnudo y el pantalón sujeto por una cuerda, salpicando con su paleta cemento, mientras cantaba las letras de las canciones sudamericanas que salían de la cassette.

Un tiempo más tarde, una vez finalizados mis estudios de FP y antes de irme a realizar la carrera de Bellas Artes, volví a trabajar un año con él. Durante ese período, la actividad principal fue el acondicionamiento de la casa de lo que más adelante y durante un tiempo sería el Museo Escenográfico, en el pueblo de Ollo. Acondicionar es una palabra "chic" que me sirve para referirme a algunas labores del tipo: abrir con pico y pala muros en paredes para conectar estancias, desmontar abrevaderos a mazazos, reconstruir y encalar paredes y techos, afianzar vigas, escaleras, pasamanos, recomponer marcos de puertas y ventanas, echar suelos, y otro largo etcétera de actividades.

Cada nuevo día la jornada era un misterio, un misterio en el sentido más estricto ya que gran parte de las veces trabajábamos nuevamente sin luz eléctrica, moviéndonos como topos mientras afrontábamos las diferentes labores. A eso se le sumaban en los meses fríos, el viento implacable y un alto nivel de humedad, lo cual combatíamos con relativo éxito mediante intenso trabajo físico. Aunque hoy es difícil argumentar, sentado y con todas las comodidades mientras escribo en mi hogar, debo reconocer que disfruté intensamente esos momentos.

*Joxe Ulibarrena.  
Monumento a la Batalla de Noáin.*



## Dossier Ulibarrena

Al inicio de esta aventura, el primer objetivo consistió en vaciar la casa de objetos. En un espacio convencional uno espera encontrar alguna mesa, sillas y armarios. Yo recuerdo, por poner un ejemplo, bajar motos y motores por las escaleras. Uno de los elementos evidentes a mejorar de la casa era un enorme boquete en el suelo de una habitación de la primera planta. Este hueco hacía de conexión entre ese espacio y la planta baja, así que fue fácil, y hasta natural diría yo, que se le ocurriese a Joxe la siguiente idea. El plan era sencillo. En vez de bajar desde la primera planta por las estrechas escaleras un montón de antiguos y pesadísimos arcones de roble, él los arrastraría con sus manos hasta hacerlos descolgar por el agujero. Desde ese momento y para su recepción, subidos a un mueble para salvar la diferencia de altura, entrábamos en acción Aritz y yo. Aunque los dos teníamos dudas sobre el éxito de la operación, gracias a la *tenacidad* de Joxe, así fue como lo hicimos. Debo reconocer que durante dicha operación fui incapaz de apreciar con detalle las increíbles tallas que contenían todos esos arcones que pasaban por mis manos, si bien aprendí de un modo empírico a reconocer el roble como una de las maderas más densas y pesadas que existen.



*Museo Etnográfico de Arteta.  
Inauguración Sala de Ciencias.*

Mi masa muscular por aquellos años estaba concentrada en poco más de 60 kilos en mi 1,80 de altura, así que debo agradecer el éxito de aquella operación a los brazos de Joxe y a la fortaleza física de Aritz. En cuanto a Joxe, cualquiera que le haya conocido se habrá fijado en sus manos fuertes como tenazas, así como tesón, o más bien diría cabezonería, en el desempeño de cualquier actividad. Pues bien, estas dos cualidades como voy a relatar, un día se volvieron en su contra.

Tras el vaciado de la casa y a causa de los estudios, Aritz dejó de venir. En mi caso, libre de esas obligaciones, continúe acudiendo con regularidad, hasta que llegó un día de tiempo revuelto que tomé la decisión de no ir. El hecho es que tenía por costumbre ir tanto a Arteta como a Olo en bici, pero ese día empezó a granizar con insistencia y viendo que el tiempo no mejoraba, antes de llegar a Asiáin, di la vuelta y me volví.

El azar hizo que ese fuera el elegido por Joxe para precipitarse involuntariamente por el mismo hueco utilizado para bajar los arcones, "*con tan mala suerte*", como me diría al día siguiente, que cayó de costado golpeándose con una piedra del suelo. El día para él comenzó como cualquier otro, se levantó antes del amanecer decidido a cubrir el agujero. Su intención era cubrirlo con una especie de lucernario que aportase luz a la planta baja, para lo cual realizaría una estructura de madera levemente abovedada e iría fijando unos bloques de vidrio (pavés).

Tal y como me contó, la jornada la inició subiéndole las vigas que colocaría paralelas entre sí, guardando una cierta distancia entre ellas. Fue avanzando en la faena pero en el momento de asentar la última viga, perdió el punto de apoyo del extremo más alejado y esta se descolgó, precipitándose hacia el piso inferior. En ese instante y por instinto, Joxe



*Vista del Museo Etnográfico de Arteta.*

la agarró fuertemente confirmando que, si bien su voluntad era más firme que el propio roble, su peso no podía equipararse al de la viga en caída libre. Vamos, la viga no la soltó y cayó junto a ella los más de tres metros que le separaba de la planta baja. Al día siguiente del accidente no trabajó, pero a los días, magullado como estaba y visualmente dolorido tras la caída comenzó a clavar clavos en unas tarimas, eso sí, con un ritmo inusualmente bajo para él. Pero el colmo de esto vendría después. Pasados unos pocos días del suceso, estábamos los dos a ras del suelo con el martillo en mano, rodeados de nuevo del ambiente de frío y en semioscuridad, cuando en un momento y de improviso me lo explicó " *El médico me ha dicho que mantenga reposo y yo lo último que quiero ser es desobediente*". Lo dicho, un provocador nato.

Después de este año rico en hechos y anécdotas, fui espaciando los contactos con Joxe. Por un lado obligado por el comienzo de la carrera en Salamanca, pero por otro porque a esas alturas yo ya era consciente de que junto a él no desarrollaría un camino propio dentro de la plástica. Llegado a este punto desearía que estas palabras no se malinterpretasen.

Durante el tiempo que estuve con él, siempre fui muy consciente y valoré de corazón su dedicación y sus enseñanzas, pero sabía que ese era su camino, no el mío. Ya por esos

*Joxe Ulibarrena e Iñaki Perurena  
en el Museo de Arteta.*



*Héctor Urra trabajando en la obra de Ulibarrena.*

años tenía en mente la respuesta que realizó Brancusi a la pregunta de por qué no quiso trabajar como aprendiz en el taller de Rodin en París. Yo como Brancusi en ese momento entendí que, "no se puede crecer a la sombra de los grandes árboles". Y Joxe, sin duda, fue uno bien grande.

¡Y vaya si lo fue! ■